

los navios, y enviarlos luego á Cuba, Santo Domingo, Jamáica, Boriquen y otras islas, ó á España por mas gente, armas y caballos, y por mas vestidos y bastimentos; y además desto, era razon de enviar relacion y noticia de lo que pasaba á España, al Emperador rey, su señor, con la muestra de oro y plata y cosas ricas de pluma que tenían; y para que todo esto se hiciese con mayor autoridad y consejo, él quería, como su capitán, nombrar cabildo, sacar alcaldes y regidores, y señalar todos los otros oficiales que eran menester para el regimiento y buena gobernación de la villa que habían de hacer; los cuales rigiesen, vedasen y mandasen hasta tanto que el Emperador proveyese y mandase lo que mas á su servicio conviniese; y tras esto, tomó la posesión de toda aquella tierra con la demás por descubrir, en nombre del emperador don Carlos, rey de Castilla. Hizo los otros autos y diligencias que en tal caso se requerían, é pidiólo así por testimonio á Francisco Fernandez, escribano real, que presente estaba. Todos respondieron que les parecía muy bien lo que había dicho, y loaban y aprobaban lo que quería hacer; por tanto, que lo hiciese así como lo decía, pues ellos habían venido con él para le seguir y obedecer. Cortés entonces nombró alcaldes, regidores, procurador, alguacil, escribano y todos los demás oficios á cumplimiento de cabildo entero, en nombre del Emperador, su natural señor; y les entregó luego allí las varas, y puso nombre al concejo la villa rica de la Veracruz, porque el viernes de la Cruz habían entrado en aquella tierra. Tras estos autos, hizo luego Cortés otro ante el mismo escribano y ante los alcaldes nuevos, que eran Alonso Fernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, en que dejó, disistió y cedió en manos y poder dellos, y como justicia real y ordinaria, el mando y cargo de capitán y descubridor que le dieron los frailes jerónimos, que residían y gobernaban en la isla Española por su majestad; y que no quería usar del poder que tenía de Diego Velazquez, lugarteniente de gobernador en Cuba por el almirante de las Indias, para rescatar y descubrir, buscando á Juan de Grijalva, por cuanto ninguno de todos ellos tenía mando ni jurisdicción en aquella tierra, que él y ellos acababan de descubrir, y comenzaban á poblar en nombre del rey de Castilla, como sus naturales y leales vasallos; y así lo pidió por testimonio, y se lo dieron.

Como los soldados hicieron á Cortés capitán y alcalde mayor.

Los alcaldes y oficiales nuevos tomaron las varas y posesión de sus oficios, y se juntaron luego á cabildo, según y como en las villas y lugares de Castilla se suele y acostumbra juntar el concejo, y hablaron y trataron en él muchas cosas tocantes al provecho común y bien de la república, y al regimiento de la nueva villa y población que hacían; y entre ellas acordaron hacer su capitán y justicia mayor al mismo Fernando Cortés, y darle poder y autoridad para lo que tocase á la guerra y conquista, entre tanto que el Emperador otra cosa acordase y mandase; y así, que con este acuerdo, voluntad y determinación, fueron luego otro día á Cortés, todo junto el regimiento y concejo, y le dijeron cómo ellos tenían necesidad, entre tanto que el Emperador otra cosa proveía ó mandaba, de tener un caudillo para

la guerra, y que siguiese la conquista y entrada por aquella tierra, é que fuese su capitán, su cabeza, su justicia mayor, á quien acudiesen en las cosas arduas y dificultosas, y en las diferencias que ocurriesen; y que pues esto era necesario y cumplidero, así al pueblo como al ejército, que le mucho rogaban y encargaban que lo fuese él, pues en él concurrían mas partes y calidades que en otro ninguno, para los regir y mandar y gobernar, por la noticia y experiencia que tenía de las cosas, después y antes que le conociesen en aquella jornada y flota; y que así se lo requerían, y si menester era, se lo mandaban, porque tenían por muy cierto que Dios y el Rey serían muy servidos que él aceptase y tuviese aquel cargo y mando; y ellos recibirían buena obra, y quedarían contentos y satisfechos que serían regidos con justicia, tratados con humildad, acudidos con diligencia y esfuerzo, y que para ello todos ellos le eligían, nombraban y tomaban por su capitán general é justicia mayor, dándole la autoridad posible y necesaria, y sometiéndose debajo de su mano, jurisdicción y amparo. Cortés aceptó el cargo de capitán general y justicia mayor á pocos ruegos, porque no deseaba otra cosa mas por entonces. Elegido pues que fué Cortés por capitán, le dijo el cabildo que bien sabía cómo hasta estar de asiento y conocidos en la tierra, no tenían de qué se mantener sino de los bastimentos que él traía en los navios; que tomase para sí y para sus criados lo que hubiese menester ó le pareciese, y lo demás se tasase en justo precio; é se lo mandase entregar para repartir entre la gente, que á la paga todos se obligarían, ó lo sacarían de montón, después de quitado el quinto del Rey; y aun también le rogaron que se apreciase los navios con su artillería en un honesto valor, para que de común se pagasen, y de común sirviesen en acarrear de las islas pan, vino, vestidos, armas, caballos, y las otras cosas que fuesen menester para el ejército y para la villa; porque así les saldría mas barato que trayéndolo mercaderes, que siempre quieren llevar demasiados y excesivos precios; y si esto hacia, les haría muy gran placer y buena obra. Cortés les respondió que cuando en Cuba hizo su matalotaje y basteció la flota de comida, que no lo había hecho para revenderse, como acostumbran otros, sino para dárselo, aunque en ello había gastado su hacienda y empeñádose; por tanto, que lo tomasen luego todo; que él mandaría y mandaba á los maestros y escribanos de las naos que acudiesen con todos los bastimentos que en ellas había, al cabildo; y que el regimiento lo repartiase igualmente por cabezas á raciones, sin mejorar ni aun á él mismo; porque en semejante tiempo y de tal comida, que no es para mas de sustentar las vidas, tanto ha menester el chico como el grande, el viejo como el mozo. De manera que, aunque debía mas de siete mil ducados, se lo daba gracioso; y cuanto á lo de los navios, dijo que se haría lo que mas conviniese á todos, porque no disponía dellos sin primero hacérselo saber. Todo esto hacia Cortés por ganarles siempre mas las voluntades y bocas, que había muchos que no le querían bien; aunque á la verdad, él era de suyo largo en estos gastos de guerra con sus compañeros.

El recibimiento que hicieron á Cortés en Cempoallan.

No les pareciendo buen asiento aquel donde estaban, para fundar la villa, acordaron de pasarse á Aquiahuiztlan, que era el abrigo del peñón que decía Montejo; y así, mandó luego Cortés meter en los navios gente que los guardase, y la artillería y lo demás todo que estaba en tierra, y que se fuesen allá, y él que iría por tierra aquellas ocho ó diez leguas que había del un cabo al otro, con los caballos, y con cuatrocientos compañeros, y dos medios falconetes, y algunos indios de Cuba. Los navios se fueron costa á costa, y él echó hácia do le habían dicho que estaba Cempoallan, que era derecho á do el sol se pone, aunque arrojaba algo para ir al peñón; y á tres leguas andadas, llegó al rio que parte término con tierras de Moteczuma. No halló paso, y bajóse á la mar por vadearle mejor en la reventazon que hace al entrar en ella, y aun allí tuvo trabajo, porque pasaron á volapié. Pasados, siguieron la orilla del rio arriba, porque no pudieron la del mar, por ser tierra anegadiza. Toparon cabañas de pescadores y casillas pobres, y algunas labranzas pequenuelas; mas á legua y media salieron de aquellos lagunajos, y entraron en unas muy buenas y muy hermosas vegas, y por ellas andaban muchos venados. Prosiguiendo siempre su camino por el rio, y creyendo hallar á la ribera del algun buen pueblo, vieron en un cerrito hasta veinte personas. Cortés entonces envió allá cuatro de caballo, y mandóles que si haciéndoles señal de paz, huyesen, corriesen tras ellos, y le trujesen los que pudiesen, porque era menester para lengua, y para guía del camino y pueblo; que iban ciegos y á tino, sin saber por dó echar á poblado. Los de caballo fueron, y ya que llegaban junto al cerrillo, y los voceaban y señalaban que iban de paz, huyeron aquellos hombres, medrosos y espantados de ver cosa tan grande y alta, que les parecía mostro, y que caballo y hombre era toda una cosa; mas como la tierra era llana y sin árboles, luego los alcanzaron, y ellos se rindieron como no traían armas; y así, los trajeron todos á Cortés. Tenían las orejas, narices y rostros con ansí grandes y feos agujeros y cercillos, como los otros que dijeron ser de Cempoallan; y así lo dijeron ellos, y que estaba cerca la ciudad. Preguntados á qué venían, respondieron que á mirar; y por qué huían, que de miedo de gente no conocida. Cortés los aseguró entonces, y les dijo cómo él iba con aquellos pocos compañeros á su lugar, á ver y hablar á su señor como amigos, con mucho deseo de conocelle, pues no había querido venir, ni salir del pueblo; por eso que le guiasen. Los indios dijeron que ya era tarde para llegar á Cempoallan; mas que le llevarían á una aldea que estaba de la otra parte del rio y se parecía, donde, aunque era pequeña, tenía buena posada y comida por aquella noche para toda su compañía. Cuando llegaron allá, algunos de aquellos veinte indios se fueron, con licencia de Cortés, á decir á su señor cómo quedaban en aquel lugarejo, y que otro día tornarían con la respuesta. Los demás se quedaron allí para servir y proveer los españoles y nuevos huéspedes; y así, los hospedaron y dieron bien de cenar. Cortés se recogió aquella noche lo mejor y mas fuerte que pudo. La mañana siguiente, bien de mañana, vinieron á él hasta cien hombres, todos car-

gados de gallinas como pavos, y le dijeron que su señor se había holgado mucho con su venida, y que por ser muy gordo y pesado para caminar, no venía; mas que le quedaba esperando en la ciudad. Cortés almorzó aquellas aves con sus españoles, y se fué luego por do le guiaron muy presto en ordenanza, y con los dos tirillos á punto, por si algo aconteciese. Desde que pasaron aquel rio hasta llegar á otro caminaron por muy gentil camino; pasáronle también á vado, y luego vieron á Cempoallan, que estaria lejos una milla, toda de jardines y fresca y muy buenas huertas de regadío. Salieron de la ciudad muchos hombres y mujeres, como en recibimiento, á ver aquellos nuevos y mas que hombres. Y dábanles con alegre semblante muchas flores y frutas muy diversas de las que los nuestros conocían; y aun entraban sin miedo entre la ordenanza del escuadron; y desta manera, y con este regocijo y fiesta, entraron en la ciudad, que toda era un verjel, y con tan grandes y altos árboles, que apenas se parecían las casas. A la puerta salieron muchas personas de lustre, á manera de cabildo, á los recibir, hablar y ofrescer. Seis españoles de caballo, que iban adelante un buen pedazo, como descubridores, tornaron atrás muy maravillados, ya que el escuadron entraba por la puerta de la ciudad, y dijeron á Cortés que habían visto un patio de una gran casa chapado todo de plata. El les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagros por ello, ni de cosa que viesen. Toda la calle por donde iban estaba llena de gente, abobada de ver caballos, tiros y hombres tan extraños. Pasando por una muy gran plaza, vieron á mano derecha un gran cercado de cal y canto, con sus almenas, y muy blanqueado de yeso de espejuelo y muy bien bruñido; que con el sol relucía mucho y parecía plata; y esto era lo que aquellos españoles pensaron que era plata chapada por las paredes. Creo que con la imaginación que llevaban y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro lo que relucía. Y á la verdad, como ello fué imaginación, así fue imagen sin el cuerpo y alma que deseaban ellos. Había dentro de aquel patio ó cercado una buena hilera de aposentos, é al otro lado seis ó siete torres, por sí cada una, la una dellas mucho mas alta que las otras. Pasaron pues por allí callando muy disimulados, aunque engañados, y sin preguntar nada, siguiendo todavía á los que guiaban, hasta llegar á las casas y palacio del señor. El cual entonces salió muy bien acompañado de personas ancianas y mejor ataviadas que los demás, y á par de sí dos caballeros, según su hábito y manera, que le traían del brazo. Como se juntaron él y Cortés, hizo cada uno su mesura y cortesía al otro, á fuer de su tierra, y con los farantes se saludaron en breves palabras; y así, se tornó luego á entrar en palacio, y señaló personas de aquellas principales que aposentasen y acompañasen al capitán y á la gente; los cuales llevaron á Cortés al patio cercado que estaba en la plaza; donde cupieron todos los españoles, por ser de grandes aposentos y buenos. Como fueron dentro se desengañaron, y aun se corrieron los que pensaron que las paredes estaban cubiertas de plata. Cortés hizo repartir las salas, curar los caballos, asentar los tiros á la puerta, y en fin, fortalecerle allí como en real y cabe los enemigos,

y mandó que ninguno saliese fuera, por necesidad que tuviese, sin expresa licencia suya, so pena de muerte. Los criados del señor y oficiales del regimiento proveyeron largamente de cena y camas á su usanza.

Lo que dijo á Cortés el señor de Cempoal.

Otro día por la mañana vino el señor á ver á Cortés con una honrada compañía, y trájole muchas mantas de algodón que ellos visten y añudan al hombro, como las que cubren y traen las gitanas, y ciertas joyas de oro que podían valer dos mil ducados. Díjole que descansase y tomase placer él y los suyos, que por eso no quería darle pesadumbre ni hablalle en negocios; y así, se despidió entonces como había hecho el día de antes, diciendo que pidiesen lo que hubiesen menester ó quisiesen. Como él se fué, entraron con mucha comida guisada mas indios que españoles eran, y con grande abundancia de frutas y ramilletes; y así, desta manera estuvieron allí quince días, proveídos abundantísimamente. Otro día envió Cortés al señor algunas ropas y vestidos de España, y muchas cosillas de rescate, y á rogarle que le dejase ir á su casa á le ver y hablar allá, pues era mala crianza sufrir que su merced viniese, y él que no le fuese á visitar. Respondió que le placía y que holgaba dello, y con esto tomó hasta cincuenta españoles con sus armas que le acompañasen, y dejando los demás en el patio y aposento con un capitán, y apercebidos muy bien, se fué á palacio. El señor salió á la calle, y entráronse en una sala baja; que allí, como tierra calorosa, no fabrican en alto, mas de que por sanidad levantan á tierra llena y maciza el suelo obra de un estado, á do suben por escalones, y sobre aquello arman la casa é cimientan las paredes, que ó son de piedra ó adobes, pero lucidas de yeso ó con cal, y la cubierta es de paja ó hoja tan bien y extrañamente puesta, que hermosa, y defiende las lluvias como si fuese teja. Sentáronse en unos banquillos como tajoncillos, labrados y hechos de una pieza piés y todo. El señor mandó á los suyos que se desviasen ó se fuesen, y luego comenzaron á hablar de negocios por intérpretes, y estuvieron muy gran rato en demandas y respuestas, porque Cortés deseaba mucho informarse muy bien de las cosas de aquella tierra y de aquel gran rey Moteczuma, y el señor no era nada necio, aunque gordo, en demandar puntos y preguntas. La suma del razonamiento de Cortés fué darle cuenta y razón de su venida, y de quién y á qué le enviaba, segun y como la había dado en Tabasco y á Teudilli y á otros. Aquel cacique, después de haber oído con atención á Cortés, comenzó muy de raíz una luenga plática, diciendo cómo sus antepasados habían vivido en gran quietud, paz y libertad; mas que de algunos años acá estaba aquel su pueblo y tierra tiranizado y perdido, porque los señores de Méjico, Tenuchtilan, con su gente de Culúa, habían usurpado, no solamente aquella ciudad, pero aun toda la tierra, por fuerza de armas, sin que nadie se lo hubiese podido estorbar ni defender, mayormente que á los principios entraban por vía de religión, con la cual juntaban después las armas; y así, se apoderaban de todo antes que se catasen dello; y agora, que han caído en tan gran error, no pueden prevalescer contra ellos ni des-

echar el yugo de su servidumbre y tiranía, por mas que lo han intentado tomando armas; antes cuanto mas las toman, tanto mayores daños les vienen, porque á los que se les ofrecen y dan, con ponerles cierto tributo y pecho, ó reconociéndolos por señores con algunas parias, los reciben y ampáranlos, tienen como amigos y aliados; mas empero si les contradicen ó resisten y toman armas contra ellos, ó se revelan después de una vez sujetos y entregados, castíganlos terriblemente, matando muchos, y comiéndoselos después de haberlos sacrificado á sus dioses de la guerra Tezcatlipuca y Vítzilopuchtlí, y sirviéndose de los demás que quieren por esclavos, haciendo trabajar al padre y al hijo y á la mujer, desde que el sol sale hasta que se pone; y sin esto, les toman y tienen por suyo todo lo que á la sazón poseen; y aun allende de todos estos vituperios y males, les enviaban á casa los alguaciles y recaudadores, y les llevaban lo que hallaban, sin haber misericordia ni compasión de dejarlos morir de hambre; siendo pues, dijo, desta manera tratados de Moteczuma, que hoy reina en Méjico, ¿quién no holgará ser vasallo, cuanto mas amigo, de tan bueno y justo príncipe, como le decían que era el Emperador, siquiera por salir destas vejaciones, robos, agravios y fuerzas de cada día, aunque no fuese por recibir ni gozar otras mercedes y beneficios, que un tan gran señor querrá y podrá hacer? Paró aquí, enterneciéndosele los ojos y corazón, mas tornando en sí, encareció la fortaleza y asiento de Méjico sobre agua, y engrandesció las riquezas, corte, grandeza, huestes y poderío de Moteczuma. Dijo asimismo como Tlaxcallan, Huexocinco y otras provincias por allí, con mas la serranía de los totouaques, eran de opinión contraria á mejicanos, y tenían ya alguna noticia de lo que había pasado en Tabasco, que si Cortés quería, que tratara con ellos una liga de todos que no bastase Moteczuma contra ella. Cortés, holgándose con lo que oyera, que hacia mucho á su propósito, dijo que le pesaba de aquel ruin tratamiento que se le hacia en sus tierras y súbditos, mas que tuviese por cierto que él se lo quitaría y aun se lo vengaría, porque no venia sino á deshacer agravios y favorecer los presos, ayudar á los mezuquinos y quitar tiranías, y fuera desto, él y los suyos habían recibido en su casa tan buen recogimiento y obras, que quedaba en obligación de hacerle todo placer y espaldas contra sus enemigos, y lo mesmo haría con aquellos sus amigos; y que les dijese aquello á que venia, y que por ser de su parcialidad sería su amigo y les ayudaría en lo que mandasen. Despidióse con tanto Cortés, diciendo que había muchos días estado allí, y tenía necesidad de ver la otra su gente y navíos que le aguardaban en Aquiahuiztlan, donde pensaba tomar asiento por algun tiempo, y donde se podrían comunicar. El señor de Cempoallan dijo que si quería estar allí, mucho en buen hora, y si no, que cerca estaban los navíos para tratar sin mucho trabajo ni tiempo lo que acordasen. Hizo llamar ocho doncellas muy bien vestidas á su manera y que parecían moriscas, una de las cuales traía mejores ropas de algodón y mas labradas, y algunas piezas y joyas de oro encima; y dijo que todas aquellas mujeres eran ricas y nobles, y que la del oro era señora de vasallos y sobrina suya; la cual dió á

Cortés, con las demás, para que la tomase por mujer, y las diese á los caballeros de su compañía que mandase, en prenda de amor y amistad perpetua y verdadera. Cortés recibió el don con mucho contentamiento, por no enojar al dador; y así, se partió, y con él aquellas mujeres en andas de hombres, con muchas otras que las sirviesen, y otros muchos indios que le acompañasen á él y le guiasen hasta la mar, y le proveyesen de lo necesario.

Lo que vino á Cortés en Chiauitlan.

El día que partieron de Cempoallan llegaron á Aquiahuiztlan, y aun no eran los navíos llegados, de que mucho se maravilló Cortés, por haber tardado tanto tiempo en tan poco camino. Estaba un lugar á tiro de arcabuz ó poco mas del peñon en un repecho que se llamaba Chiauitlan; y como Cortés estaba ocioso, fué allá con los suyos en orden y con los de Cempoallan, que le dijeron que era de un señor de los oprimidos de Moteczuma. Llegó al pié del cerró sin ver hombre del pueblo, sino dos, que no los entendió Marina. Comenzaron á subir por aquella cuesta arriba, y los de caballo quisieron apearse, porque la subida era muy agra y áspera; Cortés les mandó que no, porque los indios no sintiesen que había ni podía haber lugar, por alto y malo que fuese, donde el caballo no subiese; mas subieron poco á poco y llegaron hasta las casas, y como no vieron á nadie, temían algun engaño; mas por no mostrar flaqueza entraron por el pueblo, hasta que toparon una docena de hombres honrados que traían un faraute que sabía la lengua de Culúa y la de allí, que es la que se usa y habla en toda aquella serranía, que llaman Totomac; los cuales dijeron que gente de tal forma como los españoles, ellos no habían visto jamás, ni oído que hubiesen venido por aquellas partes, y que por esto se escondían; pero que como el señor de Cempoallan les había hecho saber quién eran, y certificado ser gente pacífica, buena, y no dañosa, se habían asegurado y perdido el miedo que cobraran viéndolos ir hácia su pueblo; y así, venían á recibirlos de parte de su señor y á guiarlos adonde habían de ser aposentados. Cortés los siguió hasta una plaza donde estaba el señor del lugar muy acompañado; el cual hizo gran muestra de placer en ver aquellos extranjeros con tan luengas barbas. Tomó un brasero de barro con ascuas, echó una cierta resina que parece á unme blanco y que huele á incienso, y saludó á Cortés incensando, que es cerimonia que usan con los señores y con los dioses. Cortés y aquel señor se sentaron debajo unos portales de aquella plaza, y entre tanto que aposentaban la gente, le dió cuenta Cortés de su venida en aquella tierra, como hizo á todos los demás por donde había pasado. El señor le dijo casi lo mesmo que el de Cempoallan, y aun con harto temor de Moteczuma, no se enojase por le haber recibido y hospedado sin su licencia y mandado. Estando en esto, asomaron veinte hombres por la otra parte frontera de la plaza, con unas varas en las manos, como alguaciles, gordas y cortas, y con sendos moscadores grandes de pluma. El señor y los otros suyos temblaban de miedo en verlos. Cortés preguntó que por qué, y dijéronle que porque venían aquellos recaudadores de las

rentas de Moteczuma, y temían que dijese cómo habían hallado allí aquellos españoles, y que fuesen castigados por ello y maltratados. Cortés les esforzó, diciendo que Moteczuma era su amigo, y haría con él que no les dijese ni hiciese mal ninguno por aquello, y aun que holgaría que le hubiesen recibido en su tierra; donde no, que él los defendería, porque cada uno de los que consigo traía, bastaba para pelear con mil de Méjico, como ya muy bien sabía el mesmo Moteczuma por la guerra de Potonechan. No se aseguraban nada el señor ni los suyos por lo que Cortés les decia; antes se quería levantar para recibir y aposentarlos: tanto era el miedo que á Moteczuma tenían. Cortés detuvo al señor, y díjole: «Porque veais lo que podemos yo y los míos, mandad á los vuestros que prendan y tengan á buen recaudo aquellos cogedores de Méjico; que yo estaré aquí con vos, y no bastará Moteczuma á os enojar, ni aun él querrá, por mi respecto.» Con el ánimo que destas palabras cobró, hizo prender aquellos mejicanos, y porque se defendían les dieron buenos palos. Pusieron á cada uno por sí en prision en un pié de amigo, que es un palo largo en que les atan los piés al un cabo y la garganta al otro y las manos en medio, y han por fuerza de estar tendidos en el suelo. Como los tuvieron atados, preguntaron si los matarian; Cortés les rogó que no, sino que los tuviesen así y los velasen no se les fuesen. Ellos los metieron en una sala del aposento de los nuestros, en medio de la cual encendieron un gran fuego, y pusieronlos á la redonda dél con muchas guardas. Cortés puso ciertos españoles tambien por guardia á la puerta de la sala, y fué á cenar á su aposento, donde tuvo harto para sí y para todos los suyos de lo que el señor les envió.

Mensajería de Cortés á Moteczuma.

Cuando le pareció tiempo que ya reposaban los indios, por ser muy noche, envió á decir á los españoles que guardaban los presos que procurasen de soltar un par dellos, sin que las otras guardas lo sintiesen, y se los trujesen. Los españoles se dieron tal maña, que, sin ser sentidos, cortaron las cuerdas, que eran cierta suerte de mimbres, y soltaron dos dellos, y los trujeron á la cámara do Cortés estaba; el cual hizo como que no los conocía, y preguntóles con Aguilar y Marina que le dijese quién eran, qué querían, y por qué estaban presos. Ellos dijeron que eran vasallos de Moteczumacin, y que tenían cargo de cobrar ciertos tributos que los de aquel pueblo y provincia pagaban á su señor, y que no sabían la causa por que los habían prendido y maltratado; antes se maravillaban de ver aquella novedad y desatino, porque los salían otras veces á recibir al camino con no poco acatamiento, y hacer todo servicio y placer; mas que creían que por estar él allí con los otros compañeros, que diz que son inmortales, se les habían atrevido aquellos serranos, y aun que temían no matasen á los que presos quedaban, segun eran aquellos de allí bárbara gente, antes que Moteczuma lo supiese; contra el cual holgarían de rebelarse, por darle costa y enojo, si hallasen aparejo; que otras veces lo solían hacer. Por tanto, que le suplicaban hiciese cómo ellos y los otros sus compañeros no mu-

riesen ni quedasen en manos de aquellos sus enemigos; que recibiría Moteczuma, su señor, mucho pesar si aquellos sus criados viejos y honrados padescian mal por servirle bien. Cortés les dijo que le pesaba mucho que el señor Moteczuma fuese deservido, siendo su amigo, donde él estaba, ni sus criados maltratados; que había de mirar por ellos como por los suyos; pero que diesen gracias á Dios del cielo, y á él, que los mandó soltar en gracia y amistad de Moteczuma, para los despachar luego á Méjico con cierto recado. Por eso, que comiesen y se esforzasen á caminar, encomendándose á sus piés; no los cogiesen otra vez, que sería peor que la pasada. Ellos comieron presto, que no se les cocía el pan, por irse de allí. Cortés los despidió luego, y los hizo sacar del pueblo por do ellos guiaron, y darles algo que llevasen de comer; y les encargó, por la libertad y buena obra que dél habían recibido, que dijese á Moteczuma, su señor, cómo él lo tenía por amigo y deseaba hacerle todo servicio, después que oyó su fama, bondad y poder; y que había holgado hallarse allí á tal tiempo, para mostrar esta voluntad, soltándolos á ellos, y pugnando por guardar y conservar la honra y autoridad de tan gran príncipe como él era, y por favorecer y amparar los suyos, y mirar por todas sus cosas como por las propias; y que aunque su alteza no arrostraba á su amistad ni á la de los españoles, según lo mostró Teudilli, dejándole sin decir adios, y ausentándole la gente de la costa de sus tierras, no dejaría él de servirle siempre que hobiesen ocasión, y procurar por todas las vías á él posibles y manifiestas, su gracia, su favor y amistad; y que bien creído tenía, pues no había razón para ello, sino antes toda buena obra y señal de amor de una parte á otra, que su alteza no huía ni rehusaba la amistad, ni mandaba que nadie de los suyos le viese ni hablase, ni proveyese por sus dineros de lo que necesario era á la sustentación de la vida, sino que sus vasallos lo hacían pensando servirle; mas que por acertar, erraban, no conociendo que Dios los venía á ver en topar con criados del Emperador, de quien podían él y ellos todos recibir beneficios grandísimos y saber secretos y cosas santísimas; y que si por él quedaba, que fuese á su culpa; pero que confiaba en su prudencia que, mirándolo bien, holgaría de verle y hablarle y de ser amigo y hermano del rey de España, en cuyo felicísimo nombre eran allí venidos él y los otros sus compañeros; y en cuanto á sus criados que quedaban presos, que él tenía tal forma, que no peligrasen; y así, prometía de los librar y libertar, por solo su servicio, y que luego lo hiciera, como á los dos que enviaba con este mensaje, sino por no enojar á los de aquel lugar, que le habían hospedado y hecho mucha cortesía y todo buen tratamiento, y no pareciese que se lo pagaba ni agradecía mal en irles á la mano en cosa que hacían en su casa. Los mejicanos se fueron muy alegres, y prometieron de hacer lealmente lo que les mandaba.

Rebelion y liga contra Moteczuma por industria de Cortés.

Cuando otro día amaneció y echaron menos los dos presos, riñó el señor á las guardas, y quiso matar los que guardaban; sino que con el rumor que hobo, y con estar esperando qué dirían ó harían los del pueblo, sa-

lió Cortés, y rogó que no los matasen, pues eran mandados de su señor, y personas públicas, que, según derecho natural, ni merecían pena ni tenían culpa de lo que hacían sirviendo á su rey; mas, porque no se les fuesen aquellos, como habían hecho los otros, que se los confiasen y entregasen á él, y á su cargo si se le soltasen. Diéronselos, y enviálos á las naos amenazándolos y diciendo que les echasen cadenas. Tras esto juntáronse á consejo con el señor, ciscados todos de miedo, y platicaron lo que harían sobre aquel caso, pues estaba cierto que los huidos habían de decir en Méjico la afrenta y mal tratamiento que les fuera hecho. Unos decían que era bien y cumplidero á todos enviar el pecho á Moteczuma y otros dones, con embajadores, para aplacalle la ira y enojo, y á disculparse, culpando los españoles, que los mandaron prender, y suplicarle les perdonase aquel yerro y dislate que habían hecho, como locos y atrevidos, en desacato de la majestad mejicana. Otros decían que muy mejor era desechar el yugo que tenían de esclavos, y no reconocer mas á los de Méjico, que eran malos y tiranos, pues tenían en su favor aquellos medio dioses y invencibles caballeros españoles, y tenían otros muchos vecinos que les ayudarían. Resolviéronse á la postre que se rebelasen y no perdiesen aquella ocasión, y rogaron á Fernando Cortés que lo tuviese por bien, y que fuese su capitán y defensor, pues por él se habían puesto en aquello; que, ó enviase Moteczuma ó no ejército sobre ellos, estaban ya determinados romper con él y hacerle guerra. Dios sabe cuánto Cortés se holgaba con aquellas cosas; ca le parecía que por allí iban allá. Respondióles que mirasen muy bien lo que hacían, que Moteczuma, á lo que tenía entendido, era poderosísimo rey; mas que si así lo querían, que él los capitanearía y defendería seguramente; que mas quería su amistad que la del otro, que le despreciaba; pero que con todo eso quería saber qué tanta gente podrían juntar. Ellos dijeron que cien mil hombres entre toda la liga que se haría. Cortés entonces dijo que enviase luego á todos los de su parcialidad y enemigos de Moteczuma á los avisar y apercebir de aquello, y á certificarles de la ayuda que tenían de los españoles. No porque él tuviese necesidad dellos ni de sus huestes, que él solo con los suyos bastaba para todos los de Culúa, y aunque fuesen otros tantos, sino porque estuviesen á recado y sobre aviso, no recibiesen daño si por caso Moteczuma enviase ejército sobre algunas tierras de los confederados, tomándolos á sobresalto y descuido; y porque también si tuviesen necesidad de socorro y gente de aquella suya que los defendiese, se la enviase con tiempo. Con esta esperanza y ánimo que Cortés les ponía, y con ser ellos de suyo orgullosos y no bien considerados, despacharon luego sus mensajeros por todos aquellos pueblos que les parecieron, á les hacer saber lo que tenían acordado, poniendo los españoles encima las nubes. Por aquellos ruegos y medios se rebelaron muchos lugares y señores y aquella serranía entera, y no dejaron cogedor de Méjico en parte ninguna de todo aquello, publicando guerra abierta contra Moteczuma. Quiso Cortés revolver á estos, para ganar las voluntades á todos y aun las tierras, viendo que de otra guisa mal podía. Hizo prender los

alguaciles, soltólos; congracióse de nuevo con Moteczuma; alteró aquel pueblo y la comarca; ofresciósele á la defensa, y dejó los rebelados para que tuviesen necesidad dél.

Fundacion de la villa rica de la Veracruz.

A esta sazón estaban ya los navios detrás del peñol; fué á verlos Cortés, y llevó muchos indios de aquel pueblo rebelado y de otros allí cerca, y los que traía consigo de Cempoallan, con los cuales se cortó mucha rama y madera, y se trajo, con alguna piedra, para hacer casas en el lugar que trazó; á quien llamó la villa rica de la Veracruz, como habían acordado cuando se nombró el cabildo de Sant Juan de Ulúa. Repartiéronse los solares á los vecinos y regimiento, y señaláronse la iglesia, la plaza, las casas de cabildo, cárcel, atarazanas, descargadero, carnicería, y otros lugares públicos y necesarios al buen gobierno y policía de la villa. Trazóse asimesmo una fortaleza sobre el puerto, en sitio que pareció conviniente, y comenzóse luego ella y los demás edificios á labrar de tapiería, que es la tierra de allí buena para ello. Estando muy metidos en fabricar, vinieron de Méjico dos manebos, sobrinos de Moteczuma, con cuatro hombres ancianos, bien tratados, por consejeros, y muchos otros por criados y para servicio de sus personas. Llegaron á Cortés como embajadores, y presentáronle mucha ropa de algodón, bien llena y tejida, y algunos plumajes gentiles y extrañamente obrados, y ciertas piezas de oro y plata bien labradas, y un casquete de oro menudo sin fundir, sino en grano, como lo sacan de la tierra. Pesó todo esto dos mil y noventa castellanos, y dijéronle que Moteczuma, su señor, le enviaba el oro de aquel casco para su dolencia, y que le hiciese saber della. Diéronle las gracias de haber soltado aquellos dos criados de su casa, y defendido que no matasen á los otros; que fuese cierto que lo mesmo haría él en cosas suyas, y que le rogaba hiciese soltar los que aun estaban presos, y que perdonaba el castigo de aquel desacato y atrevimiento, porque le quería bien, y por los servicios y acogimiento bueno que le habían hecho en su casa y pueblo; pero que ellos eran tales, que presto harían otro exceso y delito, por donde le pagasen todo junto, como el perro los palos. En cuanto á lo demás, dijeron que como estaba malo, y ocupado en otras guerras y negocios importantes, no podía declararse al presente dónde ó cómo se viesen; mas que andando el tiempo no faltaría manera. Cortés los recibió muy alegremente, y los aposentó lo mejor que pudo, ribera del río, en chozas y en unas tendezuelas de campo, y envió luego á llamar al señor de aquel pueblo rebelado, dicho Chiauíztlan. Vino, y díjole cuanta verdad le había tratado, y cómo Moteczuma no osaría enviar ejército ni hacer enojo donde él estuviese. Por tanto, que él y todos los confederados podían de allí adelante quedar libres y exentos de la servidumbre mejicana, y no acudir con los tributos que solían; mas que le rogaba no le tuviese á malo si soltaba los presos y los daba á los embajadores. El le respondió que hiciese á su voluntad, que, pues della colgaban, no excederían un punto de lo que mandase. Bien podía Cortés tener estos tratos entre gente que

HA.

no entendía por dó iba el hilo de la trama. Tornóse aquel señor á su pueblo, y los embajadores á Méjico, y todos muy contentos; porque él desparció luego aquellas nuevas y el miedo que Moteczuma tenía á los españoles, por toda la sierra de los Totonagues, y hizo tomar armas á todos, y quitar á Méjico los tributos y obediencia; y ellos tomaron sus presos y muchas cosas que les dió Cortés, de lino, lana, cuero, vidrio y fierro; y fueronse maravillados de ver los españoles y todas sus cosas.

Cómo tomó Cortés á Tizapancinca por fuerza.

No mucho después que pasó todo esto, enviaron los de Cempoallan á pedir á Cortés españoles y ayuda para contra la gente de guarnicion de Culúa, que tenía Moteczuma en Tizapancinca, que les hacía muchos daños, quemaba y talaba en sus tierras y labranzas, prendiendo y matando los que las labraban. Confinó Tizapancinca con los Totonagues y con tierras de Cempoallan, y es en un buen lugar y fuerte; ca tiene su asiento á par de un río, y la fortaleza en un peñasco alto; y por ser así fuerte, y estar entre aquellos que á cada paso se le rebelaban, tenía Moteczuma puesta allí gran copia de hombres de guarnicion; los cuales, como vieron revueltos y con armas á los rebeldes, y que se les venían á guarecer allí huyendo, los recaudadores y tesoreros de aquellas comarcas, salían á remediar la rebelion, y en castigo, quemaban y destruían cuanto hallaban, y aun habían prendido muchas personas. Cortés fué á Cempoallan, y de allí en dos jornadas, con un gran ejército de aquellos sus indios amigos, á Tizapancinca, que estaba ocho leguas ó mas de la ciudad. Salieron al campo los de Culúa, pensando de lo haber con solos los cempoallaneses; mas como vieron los de á caballo y á los barbudos, pasmaron y echaron á huir á mas correr. Estaba cerca la guarida, y acogieron presto; quisieron meterse en la fortaleza, mas no pudieron tan áína, que los de caballo no llegasen con ellos hasta el lugar; y como no podían subir al peñasco, apeáronse Cortés y otros cuatro, y entráronse dentro la fuerza á revueltas de los del pueblo, sin contraste. Entrados, tuvieron la puerta, hasta que llegaron los demás españoles y otros muchos de los amigos, á los cuales entregó la fortaleza y el pueblo, y rogó que no hiciesen mal á los vecinos, y que dejasen ir libres, mas sin armas ni banderas, á los soldados que lo guardaban, y fué cosa nueva para los indios. Ellos lo hicieron así, y él volvióse á la mar por el camino que fué. Con este hecho y victoria, que fué la primera que Cortés hubo de la gente de Moteczuma, quedó aquella serranía libre del miedo y vejaciones de los de Méjico, y los nuestros en grandísima fama y reputacion para con amigos y no amigos. Tanto, que después, cuando algo se les ofrescía, enviaban á pedir á Cortés un español de aquellos de su compañía, diciendo que aquel solo bastaba para capitán y seguridad. No era malo este principio para lo que Cortés pretendía. Cuando Cortés llegó á la Veracruz, muy ufanos los suyos por aquella victoria, halló que era ya venido Francisco de Salceda, con la carabela que él había comprado á Alonso Caballero, vecino de Santiago de Cuba, y que la había dejado dando carena; el cual traía

21

setenta españoles y nueve caballos y yeguas, que no poco esfuerzo y alegría le pusieron.

El presente que Cortés envió al Emperador por su quinto.

Daba priesa Cortés que trabajasen en las casas de la Veracruz y en la fortaleza, para que tuviesen los vecinos y soldados comodidad de vivienda y resistencia alguna contra las lluvias y enemigos, porque entendía él irse presto la tierra adelante, camino de Méjico, en demanda de Moteczuma, y por dejarlo todo asentado y como debía estar, para llevar menos cuidado. Comenzó á dar orden y concierto en muchas cosas tocantes así á la guerra como á la paz. Mandó sacar á tierra todas las armas y pertrechos de guerra, y cosas de rescate de los navíos, y las vituallas y provisiones que habia; y entregóselas al cabildo, como lo tenia prometido. Habló asimismo á todos, diciendo que ya era bien y tiempo de enviar al Rey la relacion de lo sucedido y hecho en aquella tierra hasta entonces, con las nuevas y muestras de oro, plata y riquezas que hay en ella; y que para eso era necesario repartir lo que habian habido por cabezas, como era costumbre en la guerra de aquellas partes, y sacar de allí primero el quinto; y porque mejor se hiciese, élnombraba, y nombró por tesorero del Rey, á Alonso de Avila, y del ejército á Gonzalo Mejía. Los alcaldes y regimiento, con todos los demás, dijeron que les parecia bien todo lo que habia dicho, y que se hiciese luego; y que no solo holgaban que aquellos fuesen tesoreros, mas que ellos los confirmaban, y rogaban que lo quisiesen. Hizo luego tras esto, sacar y traer á la plaza, que todos lo viesen, la ropa de algodón que tenian allegada, las cosas de pluma, que eran mucho de ver, y todo el oro y plata que habia, y que pesó veinte y siete mil ducados; y entregóse así por peso y cuenta á los tesoreros, y dijo al cabildo que lo repartiesen ellos. Empero todos dijeron y respondieron que no tenian que repartir, porque sacando el quinto que al Rey pertenecia, era lo demás menester para le pagar á él los bastimentos que les daba, y la artillería y navíos que servian de comun á todos. Por eso, que se lo tomase todo, y enviase al Rey sus derechos muy cumplidamente y lo mejor. Cortés les dijo que tiempo habia para tomar él aquello que le daban para sus muchos gastos y deudas, y que de presente no queria mas parte de lo que le tocaba como á su capitán general, y lo demás fuese para que aquellos hidalgos comenzasen á pagar las deudillas que traian por venir con él en esta empresa; y porque lo que él tenia ojo á enviar al Rey, valia mas que lo que le venia del quinto, rogóles no se lo tuviesen á mal, pues era lo primero que enviaban, y cosas que no se sufrían partir ni fundir, si excediese de lo acostumbrado, no curando de quintar á peso ni suertes; y como halló en todos ellos buena voluntad, apartó del monton lo siguiente:

Las dos ruedas de oro y plata que dió Teudilli de parte de Moteczuma.

Un collar de oro de ocho piezas, en que habia ciento y ochenta y tres esmeraldas pequeñas engastadas, y docientas y treinta y dos pedruzuelas, como rubies, de no mucho valor; colgaban dél veinte y siete campanillas de oro y unas cabezas de perlas ó berruecos.

Otro collar de cuatro trozos torcidos, con ciento y dos rubinejos, y con ciento y setenta y dos esmeraldejas; diez perlas buenas no mal engastadas, y por orla veinte y seis campanillas de oro. Entrambos collares eran de ver, y tenian otros cosas primas sin las dichas.

Muchos granos de oro, ninguno mayor que garbanzo, así como se hallan en el suelo.

Un casquete de granos de oro sin fundir, sino así groseros, llado y no cargado.

Un morrion de madera chapado de oro, y por defuera mucha pedrería, y por bebederos veinte y cinco campanillas de oro, y por cimera una ave verde, con los ojos, pico y piés de oro.

Un capacete de planchuelas de oro y campanillas al rededor, y por la cubierta piedras.

Un brazaete de oro muy delgado.

Una vara, como ceptro real, con dos anillos de oro por renates, y guarnecidos de perlas.

Cuatro arreaques de tres ganchos, cubiertos de pluma de muchos colores, y las puntas de berrueco atado con hilo de oro.

Muchos zapatos como esparteñas, de venado, cosidas con hilo de oro, que tenian la suela de cierta piedra blanca y azul, y muy delgada y trasparente.

Otros seis pares de zapatos de cuero de diverso color, guarnecidos de oro ó plata ó perlas.

Una rodela de palo y cuero, y á la redonda campanillas de laton morisco, y la copa de una plancha de oro, esculpida en ella Vítzilopuchtli, dios de las batallas, y en aspa cuatro cabezas con su pluma ó pelo, al vivo y desollado, que eran de leon, de tigre, de águila y de un buarro.

Muchos cueros de aves y animales, adobados con su misma pluma y pelo.

Veinte y cuatro rodela de oro y pluma y aljófar, vistosas y de mucho primor.

Cinco rodela de pluma y plata.

Cuatro peces de oro, dos ánades y otras aves, huecas y vaciadas de oro.

Dos grandes caracoles de oro, que acá no los hay, y un espantoso crocodillo, con muchos hilos de oro gordo al rededor.

Una barra de laton, y de lo mesmo ciertas hachas y unas como azadas.

Un espejo grande guarnecido de oro, y otros chicos.

Muchas mitras y coronas de pluma y oro labradas, y con mil colores y perlas y piedras.

Muchas plumas muy gentiles y de todas colores, no teñidas, sino naturales.

Muchos plumajes y penachos, grandes, lindos y ricos, con argentería de oro y aljófar.

Muchos ventales y moscadores de oro y pluma, y de sola pluma, chicos y grandes y de toda suerte; pero todos muy hermosos.

Una manta, como capa de algodón tejido, de muchas colores y de pluma, con una rueda negra en medio, con sus rayos, y por de dentro rasa.

Muchos sobrepellices y vestimentas de sacerdotes, palias, frontales y ornamentos de templos y altares.

Muchas otras destas mantas de algodón, ó blancas solamente, ó blancas y negras escacadas, ó coloradas,

verdes, amarillas, azules, y otros colores así. Mas del envés sin pelo ni color, y de fuera vellosas como felpa.

Muchas camisetas, jaquetas, tocadores de algodón; cosas de hombre.

Muchas mantas de cama, paramentos y alombras de algodón.

Eran estas cosas mas lindas que ricas; aunque las ruedas cosa rica era, y valia mas la obra que las mismas cosas, porque las colores del lienzo de algodón eran finisimas, y las de pluma naturales. Las obras de vaciadero excedian el juicio de nuestros plateros; de los cuales hablaremos después en conveniente lugar. Pusieron tambien con estas cosas algunos libros de figuras por letras, que usan los mejicanos, cogidos como paños, escritos de todas partes. Unos eran de algodón y engrudo, y otros de hojas de mell, que sirven de papel; cosa harto de ver. Pero como no los entendieron, no les estimaron. Tenian á la sazón los de Cempoallan muchos hombres para sacrificar. Pidiélos Cortés para enviar al Emperador con el presente, porque no los sacrificasen. Mas ellos no quisieron, diciendo que se enojarian sus dioses y les quitarian el maíz, los hijos y la vida, si se los daban. Todavía les tomó cuatro dellos y dos mujeres; los cuales eran mancebos dispuestos. Andaban muy emplumajados, y bailando por la ciudad, y pidiendo limosna para su sacrificio y muerte. Era cosa grande cuanto les ofrecian y miraban. Traian á las orejas arracadas de oro con turquesas, y unos gordos sortijones de lo mesmo á los bezos bajos, que les descubrian los dientes, cosa fea para España, mas hermosa para aquella tierra.

Cartas del cabildo y ejército para el Emperador por la gobernacion para Cortés.

Como el presente y quinto para el Rey estuviere apartado, dijo Cortés al cabildo que nombrasen dos procuradores que lo llevasen; que á los mesmos daria él tambien su poder y su nao capitana para llevarlo. En regimiento señalaron á Alonso Hernandez Portocarrero, y á Francisco de Montejo, alcaldes, y Cortés holgó dello; y dióles por piloto á Anton de Alaminos; y como iban en nombre de todos, tomaron del monton tanto oro que les pareció bastar para venir y negociar y volverse. Y lo mesmo fué del matalotaje para la mar. Cortés les dió su poder para sus negocios muy cumplido y llenero, y una instruccion de lo que habian de pedir en su nombre, y hacer en corte y en Sevilla y en su tierra; que era dar á su padre Martin Cortés y á su madre ciertos castellanos, y las nuevas de su prosperidad. Envió con ellos la relacion y autos que tenia de lo pasado, y escribió una muy larga carta al Emperador. Llamólo así, aunque allá no sabian; en la cual le daba cuenta y razon sumariamente de todo lo sucedido hasta allí desde que salió de Santiago de Cuba; de las pasiones y diferencias entre él y Diego Velazquez; de las cosquillas que andaban en el real, de los trabajos que todos habian padecido, de la voluntad que tenian á su real servicio, de la grandeza y riquezas de aquella tierra, de la esperanza que tenia de sujetarla á su corona real de Castilla; y ofrecióse á ganarle á Méjico, y á haber á las manos al gran rey Moteczuma vivo ó muerto; y al fin

de todo le suplicaba se acordase de hacerle mercedes en los cargos y provisiones que habia de enviar en aquella tierra, descubierta á costa suya, para remuneracion de los trabajos y gastos hechos. El cabildo de la Veracruz escribió asimismo al Emperador dos letras. Una en razon de lo que hasta entonces habian hecho en su real servicio aquellos pocos hidalgos españoles por aquella tierra nuevamente descubierta; y en ella no firmaron sino alcaldes y regidores. La otra fué acordada y firmada del cabildo y de todos los mas principales que habia en el ejército. La cual en sustancia contenia cómo todos ellos tenian y guardarian aquella villa y tierra, en su real nombre ganada; ó moririan por ello y sobre ello, si otra cosa su majestad no mandase. Y suplicáronle humildemente diese la gobernacion dello y de lo que mas conquistasen, á Fernando Cortés, su caudillo y capitán general, y justicia mayor por ellos propios electo, que era merecedor de todo; y que mas habia hecho y gastado que todos en aquella flota y jornada, confirmándolo en el cargo que ellos mesmos le dieron de su propria voluntad, para mejoría y seguridad suya, en nombre empero de su majestad; y si por ventura habia ya dado y hecho merced de aquel cargo y gobernacion á otra persona, que lo revocase, por cuanto así convenia á su servicio, y al bien y acrecentamiento dellos y de aquellas partes, y tambien por evitar ruidos, escándalos, peligros y muertes, que se seguirian si otro los gobernase y mandase, y entrase por su capitán. Allende desto, le suplicaron por respuesta con brevedad y buen despacho de los procuradores de aquella su villa, en cosas que tocaban al concejo della. Partieron pues Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo y Anton de Alaminos, de Aquiahuiztlan y Villarica, en una razonable nave, á 26 dias del mes de julio del año de 1519, con poderes de Fernando Cortés y del concejo de la villa de la Veracruz, y con las cartas, autos, testimonios y relacion que dicho tengo. Tocaron de camino en el Marien de Cuba; y diciendo que iban á la Habana, pasaron sin detenerse por la canal de Bahama; y navegaron con harto próspero tiempo hasta llegar á España. Escribieron esta carta los de aquel concejo y ejército, recelándose de Diego Velazquez, que tenia muchísimo favor en la corte y consejo de Indias; y porque andaba ya la nueva en el real, con la venida de Francisco de Salceda, que Diego Velazquez habia habido la merced de la gobernacion de aquella tierra del Emperador, con la ida á España de Benito Martin. Lo cual aunque ellos no lo sabian de cierto, era muy gran verdad, segun en otra parte se dice.

El motin que hobo contra Cortés, y el castigo.

Hubo muchos en el real que murmuraron de la eleccion de Cortés, porque con ella excluian de aquella tierra á Diego Velazquez, cuyas partes tenian, unos como criados, otros como deudores, y algunos como amigos; y decian que habia sido por astucia, halagos y soborno; y que la disimulacion de Cortés en hacerse de rogar que aceptase aquel cargo, fué fingida, y que no pudo ser hecha ni debia valer la tal eleccion de capitán y alcalde mayor, sin autoridad de los frailes jerónimos que gobernaban las Indias, y de Diego Ve-

lazquez, que ya tenia la gobernacion de aquella tierra de Yucatan, segun fama. Cortés entendió esto; informóse quién levantaba la murmuracion; prendió los principales y metióles en una nao; mas luego los soltó por complacer á todos, que fué causa de peor, por cuanto aquellos mismos quisieron después alzarse con un bergantín, matando al maestro, é irse á Cuba con él, á avisar á Diego Velazquez de lo que pasaba, y del gran presente que Cortés enviaba al Emperador, para que se lo quitase á los procuradores al pasar por la Habana, juntamente con las cartas y relacion, porque no las viese el Emperador, y se tuviese por bien servido de Cortés y de todos los demás. Cortés entonces se enojó de veras. Prendió muchos dellos; tomóles sus dichos, en que confesaron ser verdad aquello. Por lo cual condenó los mas culpados, segun el proceso y tiempo. Ahorcó á Joan Escudero y á Diego Cermeño, piloto. Azotó á Gonzalo de Umbria, que tambien era piloto, y á Alonso Peñate. A los demás no tocó. Con este castigo se hizo Cortés temer y tener en mas que hasta allí; y á la verdad, si fuera blando, nunca los señoreara, y si se descuidara, se perdía; porque aquellos avisaran con tiempo á Diego Velazquez, y él tomara la nao con el presente, cartas y relaciones; que aun después la procuró tomar, enviando tras ella una carabela de armada; ca no pasaron tan secretos Montejo y Portocarrero por la isla de Cuba, que no entendiese Diego Velazquez á lo que iban.

Cortés da con los navios al través.

Propuso Cortés de ir á Méjico, y encubriólo á los soldados, porque no rehusasen la ida con los inconvenientes que Teudilli con otros ponía, especialmente por estar sobre agua, que lo imaginaban por fortísimo, como en efecto lo era. Y para que le siguiesen todos aunque no quisiesen, acordó quebrar los navios; cosa recia y peligrosa y de gran pérdida; á cuya causa tuvo bien que pensar, y no porque le doliesen los navios; sino porque no se lo estorbasen los compañeros; ca sin duda se lo estorbaran y aun se amotinaron de veras si lo entendieran. Determinado pues de quebrarlos, negoció con algunos maestros que secretamente barrenasen sus navios, de suerte que se hundiesen, sin los poder agotar ni atapar; y rogó á otros pilotos que echasen fama cómo los navios no estaban para mas navegar de cascados y roídos de broma, y que llegasen todos á él, estando con muchos, á se lo decir así, como que le daban cuenta dello, para que después no les echase culpa. Ellos lo hicieron así como él ordenó, y le dijeron delante de todos cómo los navios no podían mas navegar por hacer mucha agua y estar muy abromados; por eso, que viese lo que mandaba. Todos lo creyeron, por haber estado allí mas de tres meses, tiempo para estar comidos de la broma. Y después de haber platicado mucho en ello, mandó Cortés que aprovechasen dellos lo que mas pudiesen, y los dejasen hundir ó dar al través, haciendo sentimiento de tanta pérdida y falta. Y así, dieron luego al través en la costa con los mejores cinco navios, sacando primero los tiros, armas, vituallas, velas, sogas, áncoras, y todas las otras jarcias que podían aprovechar. Dende á poco quebraron otros cuatro; pero ya

entonces se hizo con alguna dificultad, porque la gente entendió el trato y el propósito de Cortés, y decían que los quería meter en el matadero. Él los aplacó diciendo que los que no quisiesen seguir la guerra en tan rica tierra ni su compañía, se podían volver á Cuba en el navio que para eso quedaba; lo cual fué para saber cuántos y cuáles eran los cobardes y contrarios, y no les fiar ni confiarse dellos. Muchos le pidieron licencia descaradamente para tornarse á Cuba; mas eran marineros los medios, y querían antes marinear que guerrear. Otros muchos hubo con el mesmo deseo, viendo la grandeza de la tierra y muchedumbre de la gente; pero tuvieron vergüenza de mostrar cobardía en público. Cortés, que supo esto, mandó quebrar aquel navio, y así quedaron todos sin esperanza de salir de allí por entonces, ensalzando mucho á Cortés por tal hecho; hazaña por cierto necesaria para el tiempo, y hecha con juicio de animoso capitán, pero de muy confiado, y cual convenia para su propósito, aunque perdía mucho en los navios, y quedaba sin la fuerza y servicio de mar. Pocos ejemplos destos hay, y aquellos son de grandes hombres, como fué Omich Barbaroja, del brazo cortado, que pocos años antes desto quebró siete galeotas y fustas por tomar á Bujía, segun largamente yo lo escribo en las batallas de mar de nuestros tiempos.

Que los de Cempoalla derrocaron sus ídolos por amonestacion de Cortés.

No veia Cortés la hora de ser con Moteczuma. Publicó su partida; sacó del cuerpo del ejército ciento y cincuenta españoles, que le parecieron bastaban para vecindad y guarda de aquella villa y fortaleza, que ya estaba casi acabada. Dióles por capitán á Pedro de Hircio, y dejólos en ella con dos caballos y otros dos mosquetes, y con hartos indios que los sirviesen, y con cincuenta pueblos á la redonda, amigos y aliados, de los cuales podían sacar cincuenta mil combatientes y mas, siempre que algo se les recreciese y los hobiesen menester; y él fué con los demás españoles á Cempoallan, que está cuatro leguas de allí, donde apenas habia llegado, cuando le fueron á decir que andaban por la costa cuatro navios de Francisco de Garay. Tornóse luego, por aquellas nuevas, con los españoles á la Veracruz, sospechando mal de aquellos navios. Como llegó, supo que Pedro de Hircio habia ido á ellos á informarse quiénes eran y qué querían, y á convidarlos á su pueblo para si algo habian menester. Supo asimismo que estaban surtos tres leguas de allí, y fué allá con Pedro de Hircio y con una escuadra de su compañía, á ver si alguno de aquellos navios salía á tierra para tomar lengua, y informarse qué buscaban, temiendo mal dellos, pues no habian querido surgir allí cerca ni entrar en el puerto y lugar, pues los convidaban á ello. E ya que habia andado hasta una legua, encontró tres españoles de los navios, de los cuales uno dijo ser escribano, y los dos testigos, que venían á le notificar ciertas escrituras que no mostraron, y á hacerle requerimiento que partiese con el capitán Garay, de aquella tierra, echando mojonos por parte conveniente, por cuanto pretendia tambien él aquella conquista por primero descubridor, y porque queria asentar y poblar en

aquella costa, veinte leguas de allí, hácia poniente, cerca de Nabutlan, que agora se dice Almería. Cortés les dijo que tornasen primero á los navios, á decir á su capitán que se viniese á la Veracruz con su armada, y que allí hablarían, y se sabria de qué manera venia; y si traía alguna necesidad, que se la remediaria como mejor pudiese; y si venia, como ellos decían, en servicio del Rey, que no deseaba él cosa mas que guiar y favorecer á los semejantes, pues estaba allí por su alteza, y eran todos españoles. Ellos respondieron que por ninguna manera el capitán Garay ni hombre de los suyos saldria á tierra ni venia donde estaba. Cortés, vista la respuesta, entendió el negocio. Prendiólos y púsose tras un médano de arena alto, y frontero de las naos, ya que casi era de noche, donde cenó y durmió, y estuvo hasta bien tarde del día siguiente, esperando si el Garay ó algun piloto, ó cualquiera otra persona saltaria en tierra, para tomarlos y informarse de lo que habian navegado, y del daño que dejaban hecho, que por lo uno los enviara presos á España, y por lo otro supiera si habian hablado con gente de Moteczuma. Conosciendo, en fin, que se recelaban mucho, creyó que por algun mal recaudo ó despacho; hizo á tres de los suyos que trocassen vestidos con aquellos mensajeros, y que llegasen á la lengua del agua, llamando y capeando á los de las naos; de las cuales, ó porque conocieron los vestidos, ó porque los llamaban, vinieron hasta una docena de hombres en un esquife con ballestas y escopetas. Los de Cortés, que tenian los vestidos ajenos, se apartaron á unas matas como que á la sombra, que hacia recio sol y era mediodía, por no ser conocidos, y los del esquife echaron en tierra dos escopeteros y dos ballesteros y un indio, los cuales caminaron derecho á las matas, pensando que los que estaban debajo eran sus compañeros. Arremetió luego Cortés con otros muchos, y tomaronlos antes que pudiesen meterse en el barco, aunque tambien se quisieron defender; y el uno dellos, que era piloto y traía escopeta, encaró al capitán Hircio, y si trajera buena mecha y pólvora le matara. Como los de las naves vieron el engaño y burla, no aguardaron mas, y hicieron vela antes que su esquife llegase. Destos siete que hubo á las manos se informó Cortés cómo Garay habia corrido mucha costa en demanda de la Florida, y tocado en un rio y tierra cuyo rey se llamaba Pánaco, donde vieron oro, aunque poco, y que sin salir de las naves habian rescatado hasta tres mill pesos de oro, y habido mucha comida á trueco de cosas de rescate; pero que nada de lo andado ni visto habia contentado al Francisco de Garay, por descubrir poco oro y no bueno. Tornóse Cortés sin otra relacion ni recaudo á Cempoallan con los mesmos cien españoles que trajera, y primero que de allí saliese, acabó con los de la ciudad que derribasen los ídolos y sepulcros de los caciques, que tambien reverenciaban como á dioses, y adorasen á Dios del cielo, y la cruz que les dejaba, y hizo amistad y confederacion con ellos y con otros lugares vecinos, contra Moteczuma, y ellos le dieron rehenes para que estuviere mas cierto y seguro que le serian siempre leales y no faltarían de la fe y palabra dada, y que bastescerian los españoles que dejaba de guarnicion en la Veracruz, y ofrecieronle cuenta

gente mandase de guerra y servicio. Cortés tomó los rehenes, que fueron hartos, mas los principales eran Mamexi, Teuch y Tamalli, y para servicio al ejército de agua y leña y para carga pidió mill tamemes. Tamemes son bastajes, hombres de carga y recua, que llevan á cuestras dos arrobas de peso por do quiera que los traen. Estos tiraban la artillería y llevaban el lato y comida.

El encarescimiento que Olintec hizo del poderío de Moteczuma.

Partió paes Cortés de Cempoallan, que llamó Sevilla, para Méjico, á 16 dias de agosto del mesmo año, con cuatrocientos españoles, con quince caballos y con seis tirillos, y con mill y trecientos indios entre todos, así nobles y de guerra como tamemes, en que cuento los de Cuba. Ya cuando Cortés partió de Cempoallan no habia vasallo de Moteczuma en su ejército que los guiase camino derecho de Méjico; que todos eran idos, ó por miedo, como vieron la liga, ó por mandado de sus pueblos y señores, y aquellos de Cempoallan no lo sabian bien. Las tres primeras jornadas que el ejército caminó por tierras de aquellos sus amigos, fué muy bien recibido y hospedado, en especial en Xalapan. El cuarto día llegó á Sicuchimatl, que es un fuerte lugar, puesto ladera de una muy agra sierra, y tiene hechos á manos dos pasos como escaleras para entrar en él, y si los vecinos quisieran defenderles la entrada, con dificultad subieran por allí los peones, cuanto mas los caballeros. Pero, segun después pareció, tenian mandado de Moteczuma que hospedasen, honrasen y proveyesen á los españoles, y aun dijeron que pues iban á ver á su señor Moteczuma, que supiese de cierto que les era amigo. Este pueblo tiene muchas y buenas aldeas y alquerías en lo llano. Sacaba de allí Moteczuma, cuando habia menester, cinco mill hombres de pelea. Cortés agradeció mucho al señor el hospedaje y buen tratamiento, y la buena voluntad de Moteczuma; y despedido dél, fué á pasar una sierra bien alta por el puerto que llamó del Nombre de Dios, por ser el primero que pasaba; el cual estan sin camino, tan áspero y alto, que no lo hay tanto en España, ca tiene tres leguas de subida. Hay en ella muchas parras con uvas, y árboles con miel; en bajando aquel puerto, entró en Theuhixuacan, que es otra fortaleza y villa, amiga de Moteczuma, donde acogieron á los nuestros como en el pueblo atrás. Desde allí anduvo tres dias por tierra despoblada, inhabitable, salitral. Pasaron alguna necesidad de hambre, y mucha mas de sed, á causa de ser toda la agua que toparon salada, y muchos españoles que á falta de agua dulce bebieron della, enfermaron. Sobrevinoles asimismo un turbion de piedra, y con ella un frio que los puso en harto trabajo y aprieto, ca los españoles pasaron muy mala noche de frio, sobre la indisposicion que llevaban, y los indios cuidaron perescer; y así, murieron algunos de los de Cuba que iban mal arropados, y no hechos á semejante frialdad como la de aquellas montañas. A la cuarta jornada de mala tierra tornaron á subir otra sierra no muy agra, y porque hallaron en la cumbre della mil carretadas, á lo que juzgaron, de leña cortada y compuesta, junto de una torrecilla, en que habia algunos ídolos, le llamaron el puerto de la Leña.